

# OTRA FORMA DE HACER HISTORIA DE LA COMUNICACIÓN SOCIAL

Francisco Baena Sánchez  
Universidad de Sevilla

## **Resumen**

*Esta comunicación propone otra forma de hacer historia de la comunicación social, poco convencional, que se apoya en la excepcionalidad metodológica y en el uso de lecturas interdisciplinarias. Más que construir modelos y paradigmas, la historia de la comunicación social debe localizar nuevos problemas, así como ver viejos problemas de formas nuevas. Debe incluir la historia de la gente corriente. En concreto, nuestra apuesta metodológica parte de Michel Foucault para apropiarse de los conceptos de discurso y de estrategias de poder. A partir de ahí aúna las aportaciones de varias corrientes historiográficas, tales como la historia desde abajo, la historia cultural o la microhistoria italiana.*

## **Abstract**

*This article brings up another way of making Social Communication History, not conventional, based on exceptional methodology and interdisciplinary readings. Social Communication History must find new subjects and study old subjects in new ways. It must include People's History. Particularly, this proposal begins in Foucault's concepts of speech and strategies of power, and goes on with History from below, Cultural History and Italian Microstoria.*

**Palabras clave:** Comunicación, Historia de la comunicación, Metodología, Historia desde abajo, Postmodernismo.

**Keywords:** Communication, Communication History, Methodology, History from below, Postmodernism.

## **Esquema del texto**

1. Una reflexión en torno a la disciplina de la historia de la comunicación social
2. Postmodernismo e historia
3. Del giro lingüístico al giro cultural
4. Discurso y estrategias de poder
5. Historia desde abajo
6. Materialismo cultural
7. El mundo de las representaciones
8. Microhistoria
9. Conclusiones

## **1. Una reflexión en torno a la disciplina de la historia de la comunicación social**

La historia de la comunicación social que planteamos en las próximas páginas pretende, en primer lugar, hacer presente un pasado no bien conocido, en el que nos adentramos como verdaderos agentes de la memoria con el firme propósito de traer al presente acontecimientos y sujetos silenciados, ignorados, otorgándoles la voz y la visibilidad que durante largo tiempo pudieron haberles sido negadas. Así pues, nuestro enfoque aspira a convertirse en una forma de hacer historia que no se contente con el simple conocimiento, sino que se interese también por la ejemplaridad, la legitimidad, la

conmemoración y la identidad. Tratamos de hacer efectivo lo que tan exitosamente Paul Ricoeur designó como *devoir de mémoire*<sup>1</sup>.

Así pues, el historiador de la comunicación social se ve obligado a cumplir un *deber de memoria* por el que deliberadamente contrae un compromiso social y se adhiere a la *historia radical* que plantea el marxista británico Edward P. Thompson. Hacer una historia radical de la comunicación social exige descubrir la racionalidad de la sinrazón social desde los niveles más exigentes de la disciplina histórica. “La historia radical debe ser buena historia. Debe ser tan buena como la historia pueda ser”<sup>2</sup>. También Eric Hobsbawm ha insistido a menudo en la responsabilidad social del historiador a la hora de desmontar una historia construida sobre anacronismos y mitos: “Debemos oponer resistencia a la formación de mitos nacionales, étnicos o de cualquier otro tipo, mientras se encuentren en proceso de gestación”<sup>3</sup>.

En buena medida, el adjetivo “social” que los historiadores han añadido a la historia de la comunicación se debe a las enseñanzas de Thompson. En función de este posicionamiento epistemológico, más que construir modelos nos interesa localizar nuevos problemas, así como ver viejos problemas de formas nuevas, haciendo énfasis en los sistemas de valores y en los rituales, en las funciones expresivas de las formas de movilización y de protesta, en las expresiones simbólicas de la autoridad, el control y la hegemonía, en la recuperación de los estados de conciencia, en aquellos personajes secundarios que considerábamos meros acompañantes del proceso. Nuestra historia radical de la comunicación social debe fijarse en suma en los episodios atípicos, en las situaciones excepcionales. Sólo así podremos explicar y aprehender en términos de hegemonía cultural el significado simbólico de las formas de dominación y control del poder, por un lado, y las formas de la protesta popular y la rebeldía, por otro.

La forma de hacer historia en la que trabajamos comparte, en buena medida, estos presupuestos. Nos interesa cómo y por qué los diferentes poderes construyen *identidades* para su consumo masivo, cómo se difunden y qué efectos sociales producen. Nos preocupa el envoltorio en que se ofrecen y los espacios de recepción donde se despliegan. Desde esta perspectiva, que naturalmente es heredada, hablar de historia social significa también desplazar el centro de interés de la investigación –y la divulgación– histórica hacia ámbitos como la historia cultural.

Esta mirada, la de una historia socio-cultural, implica abordar el estudio de la *cultura popular*, entendida como “la vida cotidiana de la gente en común, los objetos materiales de los que ésta se rodea, y las diversas formas de percibir e imaginar el mundo”<sup>4</sup>. La historia de la comunicación debe tomar prestado de la historia socio-cultural ese interés por los significados, las representaciones y las prácticas culturales. No obstante, no se puede obviar la advertencia de Thompson en referencia al uso de la expresión *cultura popular*: “El mismo término *cultura*, con su agradable invocación al consenso, puede servir para distraer la atención de las contradicciones sociales y culturales, de las fracturas y las oposiciones dentro del conjunto”<sup>5</sup>. No olvidar las fracturas, ni la desigualdad o la injusticia, es fundamental en la forma de hacer historia de la comunicación que planteamos.

---

<sup>1</sup> RICOEUR, P., *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta, 2003.

<sup>2</sup> THOMPSON, E. P., *Agenda para una historia radical*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 14.

<sup>3</sup> HOBBSAWM, E., *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 2004, p. 21.

<sup>4</sup> BURKE, P., “La nueva historia socio-cultural”, en *Historia Social*, nº 17, Valencia, Instituto de Historia Social de la UNED, 1993, p. 11.

<sup>5</sup> THOMPSON, E. P., *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 19.

## 2. Postmodernismo e historia

En los últimos treinta años, los historiadores y los filósofos de la historia han mantenido un amplio y vivo debate sobre la naturaleza del conocimiento histórico y, más en concreto, sobre cuestiones como las condiciones de producción y validez científica de las obras históricas, el carácter de la relación entre el historiador y la realidad que estudia o la posibilidad de alcanzar una verdad histórica. Según Miguel Ángel Cabrera, el “cuestionamiento crítico” o *postmoderno* al que se han visto sometidos los postulados filosóficos, epistemológicos y teóricos de la historia social y de su prolongación en la nueva historia cultural “constituye, sin duda, el rasgo distintivo primordial de la situación actual de los estudios históricos”<sup>6</sup>.

A la crítica postmoderna también se le ha puesto frecuentemente la etiqueta de *giro lingüístico* porque, en esencia, lo que rechaza es el supuesto de que la historia produce una representación objetiva de la realidad social. De hecho, la posición postmoderna considera que el lenguaje del historiador no es un medio transparente y pasivo de comunicación, sino, al contrario, un factor activo en la aprehensión de la realidad social que se caracteriza por la *producción* de significados. Así pues, la noción postmoderna de mediación lingüística supone una ruptura sustancial basada en la premisa irrevocable de que el lenguaje no se limita a representar la realidad histórica, sino que la *construye* significativamente.

La mayoría de historiadores españoles interpretan el postmodernismo como una corriente historiográfica que pretende privar a la historia de todo estatuto científico y, merced al giro lingüístico, reducirla a una mera actividad cultural o literaria. Precisamente es éste, la negación de su pretensión de cientificidad, el “principal desafío” al que se enfrenta la historia según Elena Hernández Sandoica. A su juicio, la mediación lingüística de la realidad implica básicamente que ésta “no puede ya ser pensada como una referencia objetiva, exterior al discurso” y que el objeto de la historia desaparece como tal<sup>7</sup>. Desde el punto de vista postmoderno, la historia no aportaría un conocimiento más verdadero de lo real de lo que puede hacerlo una novela. Y, lo que resulta más preocupante, las obras de los historiadores no se podrían diferenciar o jerarquizar en función de criterios epistemológicos, sino a partir de sus “propiedades formales, estéticas o retóricas”<sup>8</sup>, lo que nos abocaría al escepticismo y al relativismo.

No obstante, una de las utilidades que podemos atribuir a los postulados postmodernos es como elemento de corrección en el tratamiento de las fuentes, pues nos hacen más conscientes de las mediaciones existentes entre el historiador y la realidad y nos obligan a adoptar una mayor cautela en el uso de aquellas. Esa cautela en el uso de las fuentes que sugiere la crítica postmoderna nos lleva a tener en cuenta, junto a la explicación causal, la opción de la *interpretación* histórica, la cual sugiere direcciones y métodos nuevos, plantea límites e inspira preguntas como, por ejemplo, cuál es la

---

<sup>6</sup> CABRERA, M. A., “La situación actual de la historia: un paisaje cambiante” en CABRERA, M. A. (coord.), *La situación de la historia. Ensayos de historiografía*, Tenerife, Servicio de publicaciones Universidad de La Laguna, 2002, pp. 11-52 (p. 16-17). Miguel Ángel Cabrera se adscribe a lo que él mismo denomina *Nueva Historia*, una historia discursiva o postsocial en la línea de Patrick Joyce, Joan W. Scott y William H. Sewell. El motor teórico primordial de la historia postsocial es su nueva teoría sobre la producción de significados basada en la distinción entre el lenguaje como medio de comunicación y el lenguaje patrón de categorías por medio del que el individuo capta y organiza la realidad social. Véase CABRERA, M. A., *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001.

<sup>7</sup> HERNÁNDEZ SANDOICA, E., *Los caminos de la Historia. Cuestiones de historiografía y método*, Madrid, Síntesis, 1995, pp. 285 y 282.

<sup>8</sup> HERNÁNDEZ SANDOICA, E., *Op. cit.*, 285.

inquietud que mueve a los actores a actuar o cómo debe adentrarse el historiador en esa motivación. En este sentido, Ricoeur supera el perpetuo conflicto entre *explicación* y *comprensión*, dos vocablos que le resultan ya inútiles, a partir del proceso más amplio y aglutinador de la *interpretación*: “un modo de discurso que opera en la intersección de dos dominios, el metafórico y el especulativo”<sup>9</sup>.

Así pues, a la hora de hacer historia de la comunicación social, el historiador ha de tener presentes las palabras de Collingwood: “Empecé por observar que no se puede saber lo que un hombre quiere decir por el simple estudio de sus declaraciones orales o escritas, aunque haya hablado o escrito con perfecto dominio de la lengua y con una intención perfectamente veraz. A fin de encontrar su *significado*, hay que saber también cuál fue la pregunta (una pregunta planteada en su propio espíritu y que él supone en el lector también) a la cual quiso dar respuesta lo dicho o escrito”<sup>10</sup>. Es ahí donde se ubica la historia de la comunicación social que planteamos, en esa oscilación cíclica y tentativa entre dos polos, los que definen las nociones fundamentales de *demonstración* y *explicación*, por una parte, y de *comprensión* e *intuición*, por otra.

En este sentido resulta esencial delimitar lo que Le Roy-Ladurie denominó con tanto éxito como el *territorio del historiador*, fruto de ese diálogo recurrente entre la historia y las ciencias sociales, de los préstamos que el discurso histórico ha importado de disciplinas como la sociología, la antropología o la crítica lingüística, y que ha asumido como propios e imprescindibles. Responde a una convicción: el mayor atractivo de toda *nueva* historia reside en la diversidad de los objetos y en la variedad de los métodos empleados: la invasión de la *temporalidad* y el *contexto*, la intromisión de la *hermenéutica* y la *textualidad*. Hace falta, en consecuencia, disponer de teoría o enfoque filosófico (al menos de un trasfondo) y hace falta desplegar un arsenal teórico-metodológico que permita proceder sistemáticamente a la explicación causal y a la interpretación.

Por tanto, la historia de la comunicación social debe aceptar el desafío de la *causalidad* que la ciencia lleva, en principio, agregado; debe explicar, sobre la base del razonamiento *causal*, el origen y las motivaciones (el porqué) de los sucesos, acontecimientos o procesos humanos. Pero también debe encarar con afán la indagación acerca de los *valores simbólicos* que contienen las fuentes para establecer el posible repertorio de sus *significados*, las intenciones ocultas que *representan*, tomando en cuenta el *contexto* para dar vida al *texto*. Y, a partir de ahí, debe ofrecer *interpretaciones* más o menos afortunadas sobre sus elementos implícitos, consciente tanto de la *discontinuidad* (o incluso la fragmentariedad) de los procesos históricos como de la irresistible *opacidad* de las fuentes<sup>11</sup>. Nos interesa, por tanto, esa historia que ha adoptado otras maneras de organizar los *hechos* y otras formas de hacer, esa historia que tiene por misión estudiar el pasado en todo su magnífico desorden, a partir de *evidencias*, pero también de *indicios*.

### 3. Del giro lingüístico al giro cultural

Lo que nos queda del pasado, *mediaciones* entre los seres que lo habitaron y el espacio exterior, son muchas veces textos letrados, si no directamente literarios. Y es de

---

<sup>9</sup> RICOEUR, P., *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, Madrid, Cristiandad, 1987, p. 303.

<sup>10</sup> COLLINGWOOD, R. G., *Autobiografía*, México, FCE, 1953, p. 39.

<sup>11</sup> Los historiadores de la comunicación emplean hoy con normalidad todo tipo de fuentes, ya sean de naturaleza escrita, visual, oral o icónica, y no sólo de carácter público u oficial sino también, cada día más, de carácter privado, personal (*egodocumentos*).

este tipo de textos (periodísticos y propagandísticos) del que mayoritariamente bebe la historia de la comunicación social. Es a ellos a los que accedemos cuando tratamos de llegar a ese pasado, de explicarlo e interpretarlo. No accedemos por tanto al pasado mismo, que quedará velado, entorpecido o distanciado por esa mediación. En esta aproximación entre la historia y el lenguaje, resulta ineludible referirse al filósofo neopragmatista Richard Rorty, quien ha popularizado el término *giro lingüístico*, al que ya nos hemos referido antes, como forma de crítica a los filósofos del lenguaje, aunque también como forma imperiosa de tenerlos en cuenta. Rorty ironiza sobre pensadores como el francés Jacques Derrida, para quien “no hay nada fuera del texto”: si en el siglo XIX hubo filósofos que mantenían que todo cuanto había era ideas, en el XX parece que no hubiera otra cosa que textos<sup>12</sup>.

La historia de la comunicación social debe apartarse del giro lingüístico en su versión más radicalizada. ¿De qué nos serviría una perspectiva determinista para la que la *construcción* del *sentido* aparece desligada de toda *intencionalidad* y depende del funcionamiento automático e impersonal del lenguaje? Y si así fuera, ¿es tanto su poder que la realidad sólo podría *construirse* mediante el lenguaje? ¿Debemos, por tanto, los historiadores resignarnos a confundir *texto* y *contexto*, *discurso* y *prácticas*? ¿Es que ya no existe esa expresión *simbólica* que remite a una genérica *realidad social*? Es cierto que esta perspectiva radicalizada acerca del lenguaje pone de relieve una realidad antropológica esencial, pero tan general que apenas resulta operativa para el análisis de los fenómenos sociales. Según el historiador cultural Roger Chartier, la reducción de la experiencia histórica al discurso debe huir de “un uso incontrolado de la categoría de texto, demasiado a menudo indebidamente aplicado a unas prácticas (ordinarias o ritualizadas) cuyos procedimientos no se parecen en nada a las estrategias discursivas”<sup>13</sup>.

Lo que resulta indudable, independientemente del extremismo alcanzado por el *giro lingüístico*, es la importancia concedida en la actualidad, tanto por los filósofos como por los científicos sociales, a las cuestiones que tienen que ver con el lenguaje y su valor simbólico en el conjunto de la vida social, aspecto que no puede obviar la disciplina de la historia de la comunicación social. Cosa distinta de esa radicalizada visión *semiótica* y *deconstructivista* es sostener que la realidad se *expresa* a través del lenguaje, y que éste adquiere significado y autoridad sólo en marcos históricos específicos, para lo que hay que ponderar el contexto político y social en el que los textos son producidos.

La historia de la comunicación social sí debe abrazar las posibilidades que permite la *hermenéutica* en historiografía, condensadas en la tríada formada por el *texto*, la *política* y el *contexto*, unas posibilidades que conducen a términos y lenguajes nuevos, así como a usos distintos de los conceptos, renovados a fondo para una *nueva* historia cultural. Se trata de conformar una *investigación de sentido*, en el sentido que le otorga Ricoeur, que establezca *significados* y elija una *interpretación* entre las varias que se ofrecen como posibles. Pretendemos ir más allá del estructuralismo y de cualquier tipo de determinismo, insistir en que los usos reales y concretos de las palabras sólo pueden ser comprendidos en sus *contextos* propios: el lenguaje es siempre poseído por alguien en concreto y es emitido en una situación dada.

El microhistoriador Carlo Ginzburg ha detectado con claridad la ambigüedad derivada de una lectura restringida de las fuentes que, desde la *semiótica* o el *análisis*

---

<sup>12</sup> RORTY, R., *Consecuencias del pragmatismo*, Madrid, Tecnos, 1996, p. 217.

<sup>13</sup> CHARTIER, R., “De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social”, en *Historia Social*, nº 17, Valencia, Instituto de Historia Social de la UNED, 1993, p. 98.

*del discurso*, obvie el *contexto*: “La fuente histórica tiende a ser examinada exclusivamente en tanto que fuente de sí misma (según el modo en que ha sido construida), y no de aquello de lo que se habla”. De ahí que, al analizar las fuentes en tanto que testimonios de *representaciones* sociales, no se puede eludir la posibilidad de analizar las relaciones existentes entre estos testimonios y la realidad por ellos designada o representada”<sup>14</sup>.

No obstante, lo que resulta innegable es que la denominada *posmodernidad* ha abierto una importante vía de conexión entre la historiografía y la lingüística a través de la que discurren los patrones filosóficos de las escuelas del *significado*, de la *recepción* y la *representación*. Sin caer en la radicalidad que llega a afirmar que los actores sociales existen a través de los procesos de comunicación, que sólo a través de ellos se manifiestan y se desarrollan, se *construyen* (la palabra es acción), sí nos interesa su visión del lenguaje como un conjunto de estrategias simbólicas que forman parte de la sociedad y de la representación individual de mundos posibles y reales.

Por otra parte, los historiadores de la comunicación social se adscriben cada vez más a esa amplia corriente que viene apelando a elementos de la cultura no como una cuestión de moda sino como clave de explicación o fuente de comprensión histórica. A partir de este giro cultural, según Javier Ugarte, la cultura pasa a convertirse en “el trasfondo que le da sentido o significado a nuestra experiencia, a las acciones y al conjunto de las relaciones sociales, sobre la base de las formas de vida”<sup>15</sup>. Ir más allá de los presupuestos de la “vieja” historia implica caminar en la misma senda de lo que Peter Burke identifica como la “nueva” historia socio-cultural (o historia cultural, a secas), abrazar su regeneración pero también asumir sus debilidades.

La historia de la comunicación social debe tener en cuenta la fusión de la sociedad y la cultura, la inversión de la tradicional relación marxista entre infraestructura y superestructura en beneficio de esta última; nos interesan ese *relativismo cultural* implícito basado en la idea de que la realidad está social y culturalmente *construida* y, cómo no, esa apuesta por la heteroglosia, por un conjunto de voces diversas y opuestas, frente a la *objetividad* de la historia. Y frente a esa misma historia caducada, vista desde arriba, centrada en las grandes hazañas de los grandes hombres, la historia de la comunicación social se interesa también por la historia *desde abajo*, aquella que recupera las opiniones de la gente corriente y su experiencia del cambio social.

#### **4. Discurso y estrategias de poder**

La forma de hacer historia de la comunicación social que compartimos implica, en primer lugar, realizar una lectura del filósofo francés Michel Foucault en clave histórica, intentando rescatar las categorías de análisis que se consideran aplicables a la investigación desde la nueva historia socio-cultural. La perspectiva foucaultiana nos parece un buen punto de partida y configura el modo más adecuado para analizar e interpretar los *discursos*, así como su permeabilidad recíproca.

Parece obvio remarcarlo, pero son innumerables las herramientas conceptuales que atraviesan la producción foucaultiana susceptibles de un análisis desde esta perspectiva, por lo que en esta ocasión sólo se intentará un acercamiento a sus reflexiones sobre el discurso y sobre las relaciones y las estrategias de poder, que la

---

<sup>14</sup> GINZBURG, C., *El juez y el historiador. Acotaciones al margen del caso Sofri*, Barcelona, Anaya & Mario Muchnik, 1993, pp. 22-23.

<sup>15</sup> UGARTE, J., “Sobre la nueva historia cultural” en HERNÁNDEZ SANDOICA, E., LANGA, A. (eds.), *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Madrid, Abada Editores, 2005, pp. 268-269.

historia y el lenguaje iluminan notablemente; reflexiones concretas que se cobijarían en un marco general definido por la búsqueda incisiva e intensiva de las condiciones de posibilidad de los discursos y las prácticas, y por la voluntad comprometida de pensar lo impensado de la vida social. Eso sí, el historiador de la comunicación social no debería forzar los hechos a un esquema teórico encorsetado, ni tampoco encerrarse en el análisis del discurso olvidando la realidad social en la que éste se desenvuelve.

En relación con la historia de la comunicación, Foucault constituye una vía para aproximarse a la respuesta de determinadas cuestiones: ¿cómo lo impensable llegó a convertirse en evidente? O, con las palabras del filósofo francés, ¿cómo lo que era irracional se hizo aceptable y racional? La investigación foucaultiana enciende la luz en torno a estos interrogantes puesto que, frente a esa manida historia en la que las actitudes derivan de unos objetos o fenómenos naturales, invariables, prefiere indagar la génesis de las prácticas sociales y los discursos que han dado lugar a formas múltiples de subjetividad.

Precisamente, el concepto de *discurso* es uno de los instrumentos teóricos que el “efecto Foucault” ha legado a la historia social. Como apunta Francisco Vázquez en referencia a Foucault, “decir que lo social está mediado simbólicamente significa sostener que está constituido, organizado de entrada discursivamente, y a la vez que el discurso sólo existe como práctica funcionando en el marco de otras prácticas, discursivas y no discursivas”<sup>16</sup>. La historia de la comunicación no puede entender el discurso como una ideología, como un instrumento al servicio de una institución o una comunidad determinada, sino como aquello a través de lo que esa institución o esa comunidad se da una identidad social determinada, radicalmente enfrentada, como aquello a través de lo que se *construye*.

El discurso nos despierta, al igual que a Foucault, una “inquietud” reveladora: ¿qué es el discurso en cuanto cosa material pronunciada o escrita? ¿Hasta cuándo permanece su *sentido*? ¿Qué peligros y poderes se ocultan bajo esta apariencia material? ¿Cuántas luchas, victorias, heridas, dominaciones y servidumbres encubre? Tal inquietud parece obtener una certidumbre –y ya es decir demasiado tratándose de Foucault– en los procedimientos de control, selección y delimitación que determinan la producción del discurso en toda sociedad. “El discurso –afirma Foucault– no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse”<sup>17</sup>.

Aquí entra en juego otro concepto importante en el pensamiento de Foucault, el de *apropiación* social del discurso, así como sus límites y sus formas. ¿Qué individuos, grupos o clases tienen acceso a un tipo determinado de discurso? ¿Cómo está institucionalizada la relación del discurso con quien lo pronuncia, con quien lo recibe? ¿Cómo se señala y se define la relación del discurso con su autor? ¿Cómo se desenvuelve entre clases la lucha por la apropiación de los discursos? Finalmente, lo que Foucault plantea, y los historiadores de la comunicación deben asumir, es una historia de las prácticas discursivas en sus relaciones específicas articuladas con otras prácticas.

Llegados a este punto, el foco de atención de la historia de la comunicación debe desplazarse del discurso al poder, pero sin dejar de tener presente al primero. Según Foucault, analizar el poder equivale a analizar los mecanismos de represión: el poder reprime la naturaleza, los instintos, a una clase, a los individuos. En virtud de esta

---

<sup>16</sup> VÁZQUEZ GARCÍA, F., “Foucault y la historia social” en *Historia Social*, nº 29, 1997, p. 156.

<sup>17</sup> FOUCAULT, M., *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1999, p. 15.

última hipótesis, Foucault considera que el poder, como despliegue de una relación de fuerza y de unos mecanismos de represión, debe ser analizado en términos de lucha, de enfrentamientos o de guerra. En efecto, la represión es el simple efecto y la simple continuación de una relación de dominación, esto es, la puesta en práctica, en un ambiente de paz aparente, de “una relación perpetua de fuerza”<sup>18</sup>. Según este esquema, la oposición y el antagonismo se realizan en términos de lucha, de resistencia, pero también de sumisión y obediencia.

Pero el poder, según Foucault, da la impresión de orfandad si la historia de la comunicación no lo reviste de un hermanamiento razonado con la noción de discurso. En cualquier sociedad, relaciones de poder múltiples atraviesan, caracterizan, constituyen el cuerpo social; y estas relaciones de poder no pueden disociarse, ni establecerse, ni funcionar, sin una producción, una acumulación, una circulación, un funcionamiento del discurso. No hay ejercicio de poder posible sin una cierta economía de los discursos de verdad que funcionen en, y a partir de esta pareja.

Foucault no trata de analizar el poder en el terreno de la intención o de la decisión, sino de estudiarlo allí donde su intención está totalmente investida en el interior de prácticas reales y efectivas, y en su cara externa, allí donde está se implanta y produce efectos reales. Según Foucault, el poder no es “un fenómeno de dominación masiva y homogénea de un individuo sobre los otros, de un grupo sobre los otros, de una clase sobre las otras”, ni es fruto de la división entre los que lo poseen y los que lo sufren, entre los dominadores y los dominados. El poder se organiza en redes en las que los individuos están siempre expuestos a sufrir o a ejercitar ese poder: “el poder transita transversalmente, no está quieto en los individuos”<sup>19</sup>.

De todo lo expuesto sobre Foucault anteriormente se desprende una conclusión: los conflictos sociales han de ser concebidos, en buena medida, como luchas simbólicas, como pugnas por apropiarse de la configuración discursiva de la experiencia y por tanto de la construcción de las identidades. En definitiva, el historiador de la comunicación debe asumir como propia esa exigencia foucaultiana de historiar radicalmente las identidades sociales en el marco de una renovada historia social, de adoptar formas de pensamiento *constructivista* y *relacional* según las cuales la *realidad* que tratamos de conocer los historiadores no es una cosa dada, ofrecida de antemano al actor social y de una vez por todas, sino por el contrario una permanente construcción que nos implica en el proceso de conocimiento: con nuestros textos, con nuestros sentimientos, con nuestras palabras, con nuestra clase.

## 5. Historia desde abajo

En los años sesenta y sobre todo setenta, el neomarxismo británico encabezó la reconstrucción histórica de las luchas populares no exactamente fiel al modelo de lucha de clases y comenzó a hacer virar los centros de atención de los historiadores, desplazándolos desde la economía y la sociología hacia otras disciplinas, tales como la antropología social, la lingüística y, en nuestro caso, la historia de la comunicación social<sup>20</sup>.

---

<sup>18</sup> FOUCAULT, M., *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1991, pp. 136-137.

<sup>19</sup> *Ibid.*, 144.

<sup>20</sup> Determinados campos de la *historia cultural* (en especial la producción de impresos, libros y periódicos, los índices de lectura y alfabetización, la composición de las bibliotecas y la circulación de textos, y todavía alguna que otra cuestión no referida a la alta cultura) han reclamado ya el interés de los historiadores, logrando buenos frutos y gran aceptación en todo caso sus resultados. Su tratamiento se afirma en corrientes mixtas que con mucha frecuencia parten del marxismo.



Asimismo, este enfoque marxista renovado está emparentado con lo que se conoce como *history from below*, un modo de mirar diferente al usual, que contempla las cosas desde arriba, para entender los procesos desde abajo<sup>21</sup>. “La historia de *abajo-arriba* supuso una historia alternativa frente a la propaganda de los vencedores, centrada en rescatar la acción y experiencia de los perdedores, de los sin voz y el silencio del trabajo”<sup>22</sup>. Se trata de un enfoque por lo general muy pesimista en cuanto a los efectos en las condiciones de vida del capitalismo industrial, emplea un tono solidario con los oprimidos, así como una metodología cualitativa, y comparte la utopía de las causas perdidas.

La historia de la comunicación, por tanto, debe alejarse de esa historia que contempla la “experiencia de la masa de la población del pasado como algo inaccesible o carente de importancia o no consigue considerarla como un problema histórico o, en el mejor de los casos, ve a la gente corriente como un problema”<sup>23</sup>. En este sentido es manifiesta la convergencia de nuestro planteamiento con la renovación protagonizada por la *historia de la vida cotidiana*, una corriente historiográfica institucionalizada sólo en Alemania pero que también se asocia en Italia a la microhistoria y en Inglaterra a la historia social. La adopción de los presupuestos de la historia de la vida cotidiana implica, en principio, dos premisas: que el individuo posee una cierta autonomía en su funcionamiento y que la acción humana sólo puede entenderse en relación con los otros. Además, nos permite explorar la sociedad en relación a lo que hay latente tras las reglas, tras lo aparentemente común o aceptado, o lo que se esconde tras los roles sociales. Con esta historia se busca captar las experiencias de las gentes y reivindicar la importancia de lo cotidiano y sus prácticas. En este sentido, la historia de la vida cotidiana se inscribe en el contexto de renovación historiográfica y de descontento por las insuficiencias de las explicaciones generales suministradas por la historia estructural, incapaz de descender sobre las gentes concretas y sus experiencias

Esta lectura neomarxista de la historia, la más difundida acaso y la que se mantiene más fértil con el paso del tiempo, es la que encarna Edward P. Thompson, de quien es obligado hacer mención, entre otras cosas, por su renovación del concepto de *clase*. El estudio de Thompson sobre la clase obrera en Inglaterra llevó el *giro cultural* al marxismo historiográfico al considerar la conciencia en función de la *experiencia* y de las mediaciones morales y culturales. “La clase obrera no surgió como el sol, a una hora determinada. Estuvo presente en su propia formación”<sup>24</sup>. Al definir la clase Thompson adopta una perspectiva *constructivista y relacional*: la clase no *es* o *existe*, sino que *se hace*, deviene, se construye (*making, happening*), es decir, existe y *continúa* por un período de tiempo. La teoría de Thompson sobre la formación de la clase obrera se puede resumir en cuatro tesis o planteamientos: que la clase es un fenómeno histórico, ya que sólo existe en el tiempo; que la clase es el resultado de la experiencia, concepto central en su obra; que los trabajadores participan activa y conscientemente en

---

<sup>21</sup> La historia *desde abajo* se refiere no sólo a la historia de la gente común, sino también a la historia vista desde su perspectiva.

<sup>22</sup> GÓMEZ BRAVO, G., “La Historia Social Británica: Memoria de una contribución colectiva” en *Historia y comunicación social*, Vol. 8, 2003, p. 133.

<sup>23</sup> SHARPE, J., “Historia desde abajo”, en BURKE, P., *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, p. 40. Al igual que Sharpe, somos conscientes de que estudiar la historia de esta manera implica ciertas dificultades: en particular, la que se refiere a las fuentes, puesto que “cuanto más atrás se remontan los historiadores en la reconstrucción de la experiencia de las clases bajas, tanto más se reducirá el ámbito de las fuentes disponibles”.

<sup>24</sup> THOMPSON, E. P., *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, vol. 1, 1989, p. XIII (Prefacio).

la formación de la clase; y que la clase se define por la conciencia. “La clase —escribe Thompson— toma realidad cuando algunos hombres, a consecuencia de unas experiencias comunes (heredadas o compartidas), perciben una identidad de intereses y la articulan entre ellos, y en contra de otros hombres cuyos intereses son distintos (y generalmente opuestos) a los suyos”<sup>25</sup>.

Al igual que Thompson, Eric Hobsbawm presenta como tema principal de sus estudios la formación y la evolución de las clases trabajadoras, aunque a partir de otro parámetro fundacional: la relación entre la situación en que dichas clases se encuentran en el seno de la sociedad, por un lado, y la conciencia, los modos de vida y los movimientos que a ellas deben su existencia, por otro. De ahí que el *contexto* sea una pieza conceptual clave en el engranaje montado por Hobsbawm.

Es imposible escribir la historia de una clase determinada aislándola de las demás clases, de los estados, instituciones e ideas que componen su marco, de su herencia histórica y, obviamente, de las transformaciones sufridas por las economías que necesitan del trabajo industrial asalariado y que, por consiguiente, han creado y transformado las clases a las que pertenecen quienes lo ejecutan<sup>26</sup>.

Si Thompson radica la formación de la clase obrera en el concepto de *experiencia* y Hobsbawm lo hace en el *contexto*, Gareth Stedman Jones desplaza el eje de los análisis hacia la noción de *lenguaje*. Es decir, el giro cultural del marxismo en los años sesenta se hace lingüístico a partir de los años ochenta. En la novísima historia del trabajo que propone junto a Patrick Joyce, prima lo *simbólico* como factor de *creación* de lo social, de modo que su objeto son los *significados* y la hermenéutica es la encargada de enfrentarse otra vez a los hechos históricos tras invadir el territorio acotado antes por el marxismo, cuyo marco explicativo ofrece una serie de limitaciones para la interpretación de la historia. Esta pareja de historiadores británicos, por tanto, interpreta las clases como *construcciones* del *discurso* desde una perspectiva sociolingüística. En efecto, el lenguaje de clase no es simplemente una verbalización de la percepción, ni la articulación de la experiencia acumulativa de una forma determinada de relaciones de clase. El lenguaje de clase se estructura y se inscribe, según Stedman Jones, “dentro de una compleja retórica de asociaciones metafóricas, deducciones causales y construcciones imaginativas”<sup>27</sup>.

## 6. Materialismo cultural

De Raymond Williams, especie de bisagra entre la historia neomarxista británica y la historia cultural, conviene tener presente su importante trabajo de depuración conceptual y de adaptación del marxismo a lo que él mismo llamó “materialismo cultural”. Importa también su reelaboración de los conceptos (específicos del marxismo) de “base” y “superestructura”, los cuales Williams presenta como indisolubles, en tanto que propone, para intervenir sobre ambos, utilizar el de *determinación* y el de *mediación*. Otro término importante para superar el marxismo es el de *asimetría*, un tipo más complejo de relación que la de dominación-subordinación.

El concepto de *sociología de la cultura*, que da título a una de sus obras más conocidas, atiende a todos los sistemas significantes, pero su preocupación central son

---

<sup>25</sup> *Ibid.*, IX (Prefacio).

<sup>26</sup> HOBSBAWM, E., *El mundo del trabajo: estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1987, p. 7. El presente libro, dedicado al estudio de la historia de la clase obrera, completa la obra publicada en 1964 con el título de *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*.

<sup>27</sup> STEDMAN JONES, G., *Lenguaje de clase. Estudios sobre la clase obrera inglesa*, Madrid, Siglo XXI, 1989, p. 97.

la producción y las prácticas culturales manifiestas, reproducibles. Es aquí, por tanto, donde radica nuestro interés por su aportación teórica en relación con la historia de la comunicación social. En concreto, resulta conveniente tener en cuenta su propuesta de enfoque integral dentro de la historia y el análisis de la cultura.

En este sentido, el concepto de *cultura* esgrimido por Williams es de gran utilidad para adentrarse en el estudio histórico de la comunicación social. Esta nueva posición se diferencia por su insistencia en que la *práctica cultural* y la *producción cultural* no se derivan simplemente de un orden social ya constituido, sino que son elementos esenciales en su propia constitución. Pero también considera la cultura como el *sistema signifiante* a través del cual un orden social se comunica, se reproduce, se experimenta y se investiga.

Williams establece dos tesis imprescindibles e ineludibles para la historia de la comunicación en relación con las posibilidades y los límites del análisis de las formaciones culturales. En primer lugar, sostiene que no se puede estudiar ninguna formación sin ampliar su descripción y su análisis al contexto histórico general, en el cual todo el orden social y todas sus clases pueden ser adecuadamente considerados. Y, en segundo lugar, mantiene que no se puede dar plena cuenta de una formación sin considerar las diferencias individuales en el interior de la misma; los individuos que al mismo tiempo componen las formaciones y son conformados por ellas adoptan una gama compleja de posiciones, intereses e influencias diversos.

La noción de *reproducción cultural* propuesta es especialmente interesante a la hora de estudiar los medios de comunicación social. Williams reconoce que existen muchos problemas para dar una definición precisa, pero se atreve a decir que es inherente al concepto de una cultura su capacidad para ser *reproducida*; y, más aún, que en muchos de sus rasgos la cultura es realmente un *modo de reproducción*. En este sentido, Williams sostiene que toda forma cultural es intrínsecamente reproducible: las señales y las convenciones son intrínsecamente reproductoras, o pierden su significado. Así, “el lenguaje como tal, o cualquier lenguaje o sistema de comunicación no verbal, existe sólo en la medida en que es susceptible de reproducción”<sup>28</sup>.

## 7. El mundo de las representaciones

La *histoire des mentalités*, cultivada comúnmente en Francia, se refiere a una historia que se interesa no tanto por las ideas formuladas conscientemente como por las nociones implícitas, no expresadas. Actualmente esta denominación –*mentalidades*– está siendo progresivamente reemplazada por el término *representaciones*. Pero no sólo se conforma con las representaciones propiamente dichas, sino que también abre el abanico a la memoria, las formas de resistencia, los sentimientos, las emociones, los saberes, las creencias, los sistemas de relaciones y valores sociales, o la articulación de lo biológico y lo social, categorías de análisis que en mayor o menor medida son tomadas por la historia de la comunicación social. La historia de las representaciones nos interesa además porque permite afrontar el problema de las relaciones de poder, bien sea a través de las *resistencias* ofrecidas ante *identidades* impuestas, o bien intentando imaginar una posible historia de las *relaciones de fuerza simbólica*; porque acuña una concepción antropológica de *cultura*, ligada al *significado*, a los *símbolos*, que conecta el estudio de las *prácticas* culturales con el análisis de los *textos*, que presta atención a la comunicación y al lenguaje.

---

<sup>28</sup> WILLIAMS, R., *Sociología de la cultura*, Barcelona, Paidós, 1994, p. 172.

En este sentido, el campo de aplicación de la *historia de las representaciones* se aproxima a la *historia de la vida cotidiana* y a la *microhistoria*, en sus supuestos de método y objeto, compartiendo la forma y el espacio de la *historia local*; pero también propicia la constitución de un nuevo campo de estudios relativamente autónomo, el de la *historia de la lectura*<sup>29</sup> y sus prácticas, que en última instancia tiene que ver con la *historia social* y la *historia de la comunicación*.

A partir de ahí, historiadores como Roger Chartier identifican la *historia de las mentalidades (representaciones y prácticas)* con la *historia cultural*, siempre que ésta se defina a su vez “contra la tradición de la historia de las ideas”, y siempre que privilegie como objeto “los valores, las formas, los signos compartidos, y no la creación intelectual individual”<sup>30</sup>. En este sentido, nos interesa Chartier por su reformulación del análisis cultural a través de conceptos como *práctica* y *representación*. Este tipo de apreciaciones contextualizadoras ponen en primer plano la cuestión de las *identidades* y los *lazos sociales*, y refuerzan con ello las perspectivas *interrelacional* y *representacional*.

La cuestión esencial de la historia cultural que nos plantea Chartier se resume en las relaciones que se establecen entre la apropiación de los textos y su interpretación. Exactamente, lo que nos interesa de Chartier es su definición de las *prácticas* culturales como “invenciones de sentido limitadas por las múltiples determinaciones que definen, para cada comunidad, los comportamientos legítimos y las normas incorporadas”. Es ahí donde entra en escena su reflexión acerca de la negociación del sentido.

Para concluir con esta sinopsis de la construcción del sentido en Chartier hace falta referirse a otro concepto aledaño, el concepto de *apropiación*, de carácter vital en su mapa teórico. La apropiación, tal como la entiende el historiador francés tras su reformulación, se inscribe en “una historia social de usos e interpretaciones, relacionados con sus determinaciones fundamentales e inscritos en las prácticas específicas que los producen”<sup>31</sup>; acentúa, además, la pluralidad de empleos y comprensiones y la libertad creadora de los lectores que no servían ni a los textos ni a las normas. Asimismo, Chartier inscribe todo este proceso de negociación del sentido en un contexto determinado, en un momento y en un lugar dados, que permite comprender la distribución del poder y la organización de la sociedad.

Ni es francés ni se autoincluye en la historia de las representaciones, pero el historiador británico Peter Burke –al que nos hemos referido más arriba en relación con lo que él mismo denomina “nueva historia socio-cultural”– nos interesa en esta ocasión por cómo afronta los problemas de incorporar el lenguaje a la historia social y cultural en una línea similar a los neomarxistas Raphael Samuel y Gareth Stedman Jones. En concreto, Burke presta atención al poder del lenguaje y a su relación con otras formas de

---

<sup>29</sup> Dentro de la historia de la lectura, prestamos atención a la última tendencia que desplaza el campo de interés desde los lectores y las lecturas a los modos de leer, sus instrumentos y lugares, las representaciones mentales y las múltiples significaciones y sentidos del acto de lectura. Se trata, por tanto, de analizar cómo se lee y dónde, además de quién, cuánto y por qué.

<sup>30</sup> CHARTIER, R., *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1995, p. IV del Prólogo. Chartier realiza una triple crítica a la historia de las mentalidades: contra la adecuación demasiado simplista entre divisiones sociales y diferencias culturales; contra la concepción que considera el lenguaje como un simple instrumento para expresar el pensamiento; y contra la primacía dada a la mentalidad colectiva sin atender a un estudio de las formas textuales que vehiculan su expresión.

<sup>31</sup> CHARTIER, R., *El mundo...*, p. 53. La noción de apropiación propuesta por Chartier se aparta, en primer lugar, del sentido que Foucault le otorga a “la apropiación social de los discursos” y, en segundo lugar, del sentido que le da la hermenéutica.

poder en el seno de grupos dominados, lo que le autoriza para hablar de un campo de investigación histórica, al que bautiza como “historia social del lenguaje”, “historia social del habla” o “historia social de la comunicación”<sup>32</sup>. Esta disciplina cubre además la brecha abierta entre la historia, la lingüística, la sociología y la antropología social.

El lenguaje, según apunta Burke, adquiere trascendencia histórica en una doble vertiente: en primer lugar, como un fin en sí mismo, como una institución social, como una parte de la cultura y la vida cotidiana; y, en segundo lugar, como medio para comprender mejor las fuentes orales y escritas a través del conocimiento de sus convenciones lingüísticas<sup>33</sup>.

Lo que se propone Burke es, por tanto, dotar de una dimensión social a la historia del lenguaje y una dimensión histórica a la sociolingüística, propuesta que el historiador de la comunicación debe tener en cuenta por la importancia que concede a las *formas* de comunicación oral y escrita. En concreto, cuatro son las afirmaciones realizadas por el historiador británico que requieren nuestro interés: que diferentes grupos sociales usan diferentes variedades de lengua; que los mismos individuos emplean diferentes variedades de lengua en diferentes situaciones; que la lengua refleja la sociedad o la cultura en la que se la usa; y, con algo más de atrevimiento, que la lengua modela la sociedad, es decir, que hablar constituye una forma de hacer. En realidad, se trata de cuatro advertencias o recomendaciones que nuestra disciplina debería tener en cuenta a la hora de abordar los medios y las formas de comunicación social. De acuerdo con Burke, “una de las tareas inmediatas que tienen frente a sí los historiadores sociales del lenguaje es descubrir quien, en un determinado lugar y tiempo, empleaba el medio de la escritura para comunicarse con quién y sobre qué”<sup>34</sup>.

## 8. Microhistoria

Las posibilidades de la historia de la comunicación no se agotan en la figura de la comunidad, en la noción de visión colectiva del mundo, sino que también comprenden al individuo. En concreto, lo que pretende hacer a partir de la *microhistoria* y la historia de las *representaciones* es inscribir las intenciones individuales, las voluntades particulares, en los sistemas de coerciones colectivas que las hacen posibles a la vez que las refrenan. A finales de la década de 1970, como consecuencia de la quiebra del paradigma marxista en Italia, ciertos autores de este país apostaron por este tipo de historia social de la cultura, de decidida impostación postestructural y de clara voluntad relacional. Buena parte del éxito que cabe atribuir a la microhistoria depende de una obra y de un historiador: *El queso y los gusanos* (1976), de Carlo Ginzburg. El *paradigma indiciario* o modelo de interpretación conjetural establecido a partir de los vestigios dejados por el célebre molinero Menocchio ha sido la versión más divulgada. Sin embargo, existe en Italia, al menos, otra forma de hacer microhistoria, la que encarna Edoardo Grendi. Suyos fueron los primeros intentos de defender un enfoque micro para la historia, unos años antes que Ginzburg, en oposición a esa historia que se basaba en las grandes magnitudes, en la larga duración, en el anonimato y en lo cuantitativo. Lo que Grendi defendía era el análisis de las relaciones sociales reduciendo la escala de observación a contextos históricos de pequeñas dimensiones.

De una inmensa atracción en algunos contextos, la *microhistoria* es un enfoque de una gran pureza teórica que, sensible a nuevas aproximaciones antropológicas y

---

<sup>32</sup> BURKE, P., *Hablar y callar: funciones sociales del lenguaje a través de la historia*, Barcelona, Gedisa, 1996, p. 11.

<sup>33</sup> *Ibid.*, 11.

<sup>34</sup> *Ibid.*, 30-32.

sociológicas, “define un tipo de historia que estudia el pasado desde el punto de vista de la pequeña comunidad, sea ésta una aldea, una calle o una familia”<sup>35</sup>. En concreto, nos interesa por su propuesta de restaurar el papel de los individuos en la construcción de los vínculos sociales, lo que supone abordar el rol que desempeñan los individuos sin levantar jerarquías ni construir colectivos a la ligera y reparando en la dimensión de la *incertidumbre*, de la *posibilidad*.

La *microhistoria*, por tanto, dota a nuestra disciplina de cierta desenvoltura a la hora de reconstruir los procesos dinámicos. Tales procesos dinámicos dibujan de una manera móvil, inestable, *discontinua*, las relaciones sociales al mismo tiempo que reducían el impacto de las estrategias individuales. Eso sí, no se puede obviar, junto a los intereses colectivos y las visiones compartidas del mundo, las reacciones personales de los individuos que discreparon de la voluntad general, como una muestra de la noción paradójica de *excepcional-normal* acuñada por Grendi, como una búsqueda de lo más común en lo menos ordinario, puesto que los colectivos institucionalizados no anularon a los individuos. Con esta fórmula contradictoria, Grendi alude al problema de las fuentes, más que al objeto de investigación, en relación con la significación excepcional que adquieren algunos documentos por lo que tienen de reveladores. Pero eso no quería decir que Grendi defendiera la adopción de casos excepcionales, raros, extravagantes o periféricos para el estudio histórico<sup>36</sup>.

La microhistoria también comparte posicionamiento con la historia de la vida cotidiana –de hecho, se solapan a veces– puesto que ambas son aproximaciones sociohistóricas interesadas solamente en las capas populares y en su expresividad cultural específica, su cohesión interna y sus redes, así como en sus episodios y formas de conflictividad. Pero no sólo se aproxima a la historia de la vida cotidiana, sino que también se inclinan hacia la historia sociocultural inglesa al modo de Thompson, cuyo concepto de *experiencia* matizan a su vez. Y si la microhistoria está emparentada con el neomarxismo británico, no es complicado imaginar que también tiene puntos en común con la historia desde abajo. Como propuso Carlo Ginzburg, la historia de la comunicación debe proponerse “ampliar hacia abajo la noción histórica de individuo”<sup>37</sup>, preocuparse por la situación de marginación y exclusión que padecieron las clases populares, reconstruir sus pasos, devolver a la luz su existencia, hacerles hablar de nuevo. Y es así como la microhistoria actúa de pasarela definitiva entre la nueva historia sociocultural y la *historia local*, sello indiscutible y aglutinante de la investigación en nuestra disciplina. Su reto, tan complejo como alentador, consiste entonces en combinar la *vida local*, desde la que percibimos los procesos y los *narramos*, con el *marco global*, pero también es un desafío no menos importante la resolución solvente y creíble de las dificultades que entraña la oposición entre lo *general* y lo *particular*.

## 9. Conclusiones

Una de las principales dificultades que plantea nuestra propuesta es la excepcionalidad metodológica, es decir, el uso de procedimientos y de lecturas

---

<sup>35</sup> BURKE, P., “La nueva historia...”, p. 106. No obstante, Burke considera que ninguna aldea, ninguna comunidad, vive aislada del resto de la sociedad y que, por tanto, es peligroso asumir que existe un consenso social o cultural en este micro-ámbito.

<sup>36</sup> Un estudio comparativo de Grendi y Ginzburg en el que se reúnen las diferentes aportaciones de los microhistoriadores italianos es el de SERNA, J., PONS, A., “Formas de hacer microhistoria”, en CABRERA, M. A. (coord.), *La situación de la historia. Ensayos de historiografía*, Tenerife, Servicio de publicaciones Universidad de La Laguna, 2002, pp. 191-216.

<sup>37</sup> GINZBURG, C., *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik, 1994.

interdisciplinarios que van más allá de la historia de la comunicación social convencional, enriqueciendo sus aportaciones con otros enfoques derivados de la historia de la lectura, la historia del trabajo, la historia social de la cultura o la historia desde abajo. Otra dificultad, complementaria de la excepcionalidad metodológica, es la transversalidad. Aspiramos a superar los límites convencionales de la historia de la comunicación social para hacer, en su lugar, una historia social de la comunicación; es decir, tratamos de huir del tradicional modelo descriptivo de análisis histórico y de generar grietas en la aceptación irreflexiva de la hegemonía.

El edificio epistemológico de la historia de la comunicación que hemos proyectado en las páginas anteriores tiene uno de sus pilares fundamentales en Michel Foucault, concretamente cuando hace ver que el individuo utiliza patrones que encuentra en su cultura y que le son propuestos, sugeridos e impuestos por su cultura, su sociedad y su grupo social: la lucha por el poder se da en el plano de la pequeña comunidad y las instituciones locales que especifican las prácticas operativas tanto en el *lenguaje* usado como en la *construcción discursiva* de experiencias vividas.

El estudio de la comunicación social en un contexto de *hegemonía y resistencia* requiere un modo de indagar la historia entroncado con la historia desde abajo, que pase por alto el relato de los hechos de las grandes personalidades, la exposición de la política de las elites, para desarrollar cierto interés por una historia de mayor alcance que incluya a la gente corriente. No se trata tanto de captar la totalidad, como de *entender* el proceso desde abajo, de hacer una historia alternativa frente a la propaganda de los vencedores, centrada en rescatar la acción y la experiencia de los perdedores, de los sin voz.

De los estudios culturales tomamos la consideración de la cultura como lugar de negociación, conflicto, innovación y resistencia dentro de las sociedades dominadas por el poder y fracturadas por divisiones de género, clase y raza. Pretendemos estudiar las diferentes formas de construcción de sentido en una sociedad incesantemente marcada por el cambio y el conflicto. La cultura sería, en este sentido, el terreno donde se produce la lucha por la hegemonía. Nuestra propuesta se ubica metodológicamente en la tendencia que concibe la historia de la comunicación como una historia socio-cultural, en el sentido que a este concepto dan autores como Chartier o Burke. Se trata de una historia de la comunicación que necesariamente ha de ser una historia de la comunicación social, que atienda de forma paralela e interrelacionada tanto a la producción como al consumo, con todas las dificultades metodológicas que eso supone, pues no resulta nada sencillo intentar penetrar en la *mentalidad* de las personas y grupos sociales de siglos pasados.

Asimismo, es interesante para nuestra disciplina la observación que realiza Burke acerca del protagonismo que han cobrado recientemente lo local y lo social en la historiografía. En este sentido, dado su marcado alcance localista, nuestra propuesta enlaza también con la *microhistoria*, por su insistencia sobre el contexto y por afrontar la cuestión de la comparación en clave de la anomalía, suponiendo como potencialmente más recta la documentación más improbable –la “excepción normal” de Grendi–. La relación entre esta dimensión microscópica y la dimensión contextual se ha convertido en el principio organizador de la narración, dicha heterogeneidad –que esta investigación trata de asumir– constituye la máxima dificultad y la máxima riqueza potencial de la *microhistoria*. No debe extrañar, por tanto, la influencia de los enfoques *micro* sobre esta otra forma de hacer historia de la comunicación, que en sus supuestos incluye objetivos y métodos de carácter sociocultural junto a un gran interés por el análisis del lenguaje, los textos y los símbolos.